

to á la despensa, y cantan con toda la alegría de los que viven á mesa puesta; al través del ramaje entrelazado penetran los rayos del sol como polvo de oro cernido por las hojas, y el viento silba dulcemente bajo las bóvedas formadas por las copas de los árboles, imponiendo silencio al gorjeo de los pájaros y á los murmullos del agua.

—¡Precioso valle!—exclamó el Diputado.

—¡Vaya! (replicó Aurora.) ¡Precioso! Es el *Paraíso*. Lo llamamos así en el pueblo, porque aquí siempre es primavera: hay rosas todo el año. ¡Ah!.... Estoy viendo una que empieza á abrirse; allá abajo....: es de cien hojas, de las que más me gustan, y voy á cogerla.

Diciendo así, mostró su más deliciosa sonrisa, chispearon sus ojos entornados, se abrió su arrogante entrecejo como un regazo que espera; y dejando flotar el pañuelo amarillo de casimir de la India que cubría sus hombros, semejante á una mariposa que se escapa de entre las manos, se lanzó por la pendiente del sendero que bajaba al valle.

Siguióla el Diputado guiñándose el ojo, y diciéndose á sí mismo:

—¡El Paraíso!.... ¡Oh!.... ¡Magnífico!.... Entremos en el Paraíso.



## CAPÍTULO XII.

ADÁN Y EVA.



EDIO escondida entre las ramas y las hojas entrelazadas, la rosa á medio abrir se veía como solemos ver la faz medio temerosa medio risueña de una monja al través de las dobles rejas del locutorio.

Aurora forzó fácilmente la clausura, y la sacó de la oscuridad del claustro en que el rosal la tenía cogida, para que brillara en el mundo de su cabeza sobre la negra sombra de sus cuantiosos rizos.

Fué dicho y hecho, pues cuando llegó nuestro hombre ya la rosa, prendida con toda la gracia del mundo, sonreía por sus cien hojas, satisfecha de adornar tan gallarda cabeza.

Él saboreaba interiormente las delicias de la predilección que obtenía, y, semejante al gato

que deja correr delante de sus ojos al ratón indefenso, seguro de alcanzarlo, devoraba en muda contemplación los encantos que la juventud y la belleza le ofrecían en impremeditado abandono.

Porque Aurora, sin darse cuenta de ello, no omitía ninguno de los detalles con que la mujer se complace en realzar las seducciones de su persona, y ya el pie bullicioso asomaba y se escondía bajo las ondas del vestido, ya la mano, palpando la oscura abundancia de los rizos, hacía resaltar lo correcto del dibujo y la blancura sonrosada de los dedos, ya el pañuelo, recogido airosamente sobre un hombro ó sobre otro, descubría á medias, para mayor atractivo, las ondulaciones del talle y los contornos del brazo. Y tan armonioso conjunto resultaba animado por sonrisas rápidas, por miradas brillantes y fugitivas, á la vez que las movibles ventanas de su nariz recta y graciosa se dilataban, como si el alma dentro de aquel cuerpo contenida respirara con ansia el aire silencioso de todos los deseos.

Al Diputado le faltaban ojos para seguir el inventario de tantas perfecciones, y comprendía con halagüeña claridad que en la urna escondida de aquel corazón de diez y ocho años había sido elegido por unanimidad, y contaba y re-

contaba todas aquellas demostraciones que el empeño de agradar inspira á las mujeres como votos favorables. Hacía el escrutinio de esta segunda elección, y se erguía triunfante, lo mismo que si tuviera el acta en el bolsillo.

La coquetería no es ciertamente el amor, pero convengamos en que es la antesala de todos los amores.

Hasta el momento á que hemos llegado, la conversación no había podido salir de frases insignificantes y de monosílabos sin importancia, hilos sueltos que no podían atarse para formar la urdimbre en que la palabra teje la tela matizada de las conversaciones.

Andaban sin dirección fija, con lentitud indiferente, lo cual no impedía que mutuamente se observasen. Así penetraron en lo más espeso del valle, donde los senderos, embovedados por las ramas de los árboles, les ofrecían á cada paso continuas tentaciones de perderse en el laberinto de caminos ocultos que se abría á su paso. Allí llegaba el rumor del pueblo, que bullía en la pendiente opuesta de la colina, y al través del ramaje se le veía hormiguar alrededor del Santuario.

Nada convida tanto el abandono de las mutuas confianzas como la soledad, la sombra y el silencio; pero es el caso que Aurora guarda-

ba la reserva incitadora con que nos detienen y nos atraen las puertas entornadas; al mismo tiempo que el insigne Diputado se encerraba en ese silencio estratégico, comparable á la inmovilidad de la araña que espera á la mosca.

Ella se paró de pronto, miró al Diputado entornando los ojos, y le dijo:

—Ya hemos visto el valle; ahora subiremos á la Ermita por la senda de los olivos.

Él replicó al golpe:

—Me parece que todavía no hemos pecado, para que se nos eche tan pronto del Paraíso.

Con toda la sencilla naturalidad con que Eva debió ofrecer á Adán el fruto vedado, la hermosa hija de Cañizares soltó el trapo á reír, al mismo tiempo que decía:

—Sí; pero no hemos de pasar aquí toda la mañana. Ya empieza la gente á salir de la Ermita.

Adán se aproximó á Eva, é inclinándose para acercar la voz al oído, pronunció estas palabras:

—Yo viviría eternamente en este paraíso.

Movió ella la cabeza con risueño desdén; dejó que sus rizos flotaran un momento sobre las mejillas del Diputado, y después le dijo:

—¡Eternamente!.... ¡Bah!.... Este paraíso es muy pequeño para tanto tiempo.

Positivamente no esperaba él tan singular

salida; pero no se detuvo, y preguntó admirado:

—¿Qué cosa más grande hay en el mundo?...

Mirólo Eva de alto á bajo, se encogió de hombros, y contestó sencillamente:

—El mundo.

—Cierto (se apresuró á decir él, mientras aspiraba con ansia el perfume de la rosa prendida en la cabeza de Aurora); cierto: nada hay en el mundo más grande que el mundo.

—Es mi sueño (añadió ella). Nunca lo he visto; pero yo no sé quién me cuenta de él tantas maravillas, que quiero verlo. Aquí es la vida muy sosa. Todos los días iguales, las mismas caras siempre, siempre las mismas gentes, siempre las mismas conversaciones; la siega, la siembra, la vendimia; el año se pasa mirando al cielo por si llueve ó si no llueve, y no hay que hablar de otra cosa. Mi padre tan brusco; mi madre tan gorda; Nona tan santa....

Caían estas palabras de los labios de Aurora con el natural abandono con que caen de las ramas de los árboles los frutos maduros, y el Diputado los saboreaba antes de probarlos; y como quien va á tiro hecho, torció el ala del sombrero sobre la ceja derecha, para dar más gracia á su fisonomía, cogió al paso la mano de Aurora, y la oprimió, diciendo:

—Lo comprendo todo: con dos ojos como

dos soles, con una boca que dice «comedme,» y con un talle que se lleva detrás todas las miradas, las cuatro casas de un pueblo escondido en el último rincón de la tierra, no ofrecen, en verdad, encanto alguno para seducir á nadie.

—¡Pues! (añadió Aurora.) Yo me desespero, y duermo por desquitarme; sueño muchas locuras; pero llega el día, el ruido de la casa me despierta, abro los ojos, y quisiera morirme; porque al fin, ¿no estoy ya enterrada?

—¡Enterrada!—exclamó el Diputado.

—Y no es eso lo peor (siguió diciendo), sino que al fin me casarán....

—¡Casarán!—repitió él con particular extrañeza.

—Ni más ni menos (dijo Aurora). Ya está arreglada la boda; el día menos pensado me llevarán á la iglesia, y cruz y cuadro.

—¿Con quién?—preguntó.

—¡Toma! (le contestó.) Con un pariente nuestro, á quien no hemos visto nunca, que vive en otro pueblo más feo que éste, al otro extremo de la sierra, adonde no se puede ir más que á caballo, subiendo y bajando, porque no hay camino carretero, y se tarda día y medio. Dicen que es un pueblo donde la gente aulla.

—¡Con un patán! (exclamó el Diputado.) Un destripaterrones, un majagranzas, con barba

de ocho días, manos ásperas y pies sucios, rudo como piedra berroqueña, probablemente viejo, y de seguro feo.

—No, no (se apresuró á decir Aurora). Es joven, y los que lo han visto dicen que es hermoso.

—¿Qué saben esas pobres gentes (replicó el Diputado) de juventud ni de belleza?... Lo estoy viendo chato, curtido, velloso...., una fiera salvaje.

—Mi padre (añadió ella dulcemente) nos lee sus cartas, que no están mal puestas, y se le va el santo al cielo con ellas.

—¡Psh! Cartas que le escribirá el Cura, como si lo viera.

—Pues bien: me casarán,—dijo ella suspirando.

—¡Imposible!—exclamó él, estrechando más, como accidente retórico, la mano de Aurora, que conservaba entre las suyas.

La seducción es siempre la misma; no ha pasado todavía de sus tres recursos elementales y únicos: la promesa, la dádiva y la amenaza; y esos son los escollos en que naufragan tantas mujeres. Por lo visto, no hay necesidad de aguzar el ingenio, en atención á que en la mayor parte de los casos se encuentra la mitad del camino hecho.

El Diputado siguió diciendo :

—Soy libre; veré al Sr. Cañizares, y le pediré la mano de su hija.

—Eso es machacar en hierro frío. Á mi padre, terco como un guardacantón, se le ha metido en la cabeza el pariente, y no se le saca ni á tres tirones.

Atrayéndola él hacia sí, como para defenderla de la tiranía paterna, rodeóle suavemente la cintura, diciendo :

—Cederá.

—No (dijo Aurora); los Cañizares no ceden nunca.

Entonces apretó el nudo en que sus brazos la sujetaban, dispuesto á disputársela á todos los Cañizares juntos.

—Miel sobre hojuelas (replicó). Así como así, no me paro nunca en barras.... No se suelta fácilmente el tesoro que se tiene entre las manos. Vengan Cañizares.... Juguemos la última partida. Un rapto....

—¡Robarme!—exclamó Aurora, medio risueña, medio asustada.

—No, no se roba lo que ya nos pertenece,—le contestó, añadiendo una vuelta más al tornillo de sus brazos.

El demonio de la casualidad los había rodeado de todas las complicidades. Sin darse cuenta

de ello, se hallaban en el centro de un círculo de árboles, cuyos troncos parecían complacerse en cerrarles el paso, á la vez que las ramas, entrelazadas sobre sus cabezas, se interponían maliciosamente entre el cielo y la tierra, dejando que los rayos del sol penetrasen al través de las hojas. Por su parte, el silencio, con el dedo invisible puesto sobre su boca nunca vista, espiaba los más ligeros rumores, ansioso de recoger hasta el último suspiro. Llegaba el aire en ondas mudas y suavísimas, llevando como en ofrenda el polen perfumado de los azahares, el polvo impalpable de las azucenas y el aliento amoroso de los rosales. Para que nada faltase al conjunto del cuadro, mariposas de diversos matices hacían allí el papel de inquietos amorcillos que, revoloteando alrededor de la enamorada pareja, la estrechaban en continuos círculos, y parecía que al encontrarse en la incesante movilidad de sus vuelos, se decían unos á otros: «¡Eh!: que no se escapen.» Huía el agua por los estrechos cauces de las regaderas hablando sola, porque su castidad, alarmada, había comprendido de una sola ojeada que el fuego se acercaba á la estopa, y corría murmurando, y tal vez se hacía cruces interiormente, diciéndose á sí misma : «¡Qué mundo ! ¡ Qué mundo este !....»

En resumen : la ocasión traidora, la soledad

alevosa y la naturaleza propicia se confabulaban para el éxito completo de un caso de amor como otro cualquiera, en que las cosas se hallaban dispuestas de modo que no eran necesarias tantas complicidades.

Aurora levantó los ojos, á la vez que su boca entreabierta parecía como que intentaba sonreírse. Lo que decía aquella mirada y lo que decía aquella sonrisa, son conceptos que no tienen traducción en ninguna lengua; pero el orden establecido en el abandono de las amorosas intimidades rara vez se interrumpe; así es que detrás de la mirada está siempre la sonrisa, y detrás de la sonrisa el beso.

Ello es que había llegado el momento crítico, el momento oportuno: antes habría sido demasiado temprano; después sería demasiado tarde, porque todas las cosas tienen su sazón, y ¡vaya V. á contener el fruto completamente sazonado que se empeña en caer del árbol!

El Diputado recogió con la suya la mirada de Aurora. Muy bien; pero ¿cómo recoger la sonrisa que le ofrecían los frescos y á la vez encendidos labios de la hermosa hija de Cañizares? Lo de siempre; porque, échese por donde se quiera, la flaqueza humana, que tantas variedades presenta, no ha encontrado todavía más que un solo camino. Inclínose el Diputado victorioso

sobre la boca que le sonreía con el afán con que la sed se acerca al agua.... Pero.... ¡oh capricho de la naturaleza humana! Ella, más ligera que el deseo que inspiraba, se desprendió de los brazos que la oprimían, echó atrás su graciosa cabeza, y frunciendo vigorosamente el entrecejo, dijo con resuelta firmeza:

—No; eso nunca.

¿Habéis visto alguna vez la actitud y el semblante del niño á quien se le escapa el pájaro que tiene entre las manos? Pues así, confuso, indeciso, aturdido, se quedó el Diputado, inmóvil delante de Aurora. Jamás le había ocurrido cosa más inesperada.

Poseía como talento toda la malicia del mundo; pero ¡cuán inocente debía entonces parecerle su propia malicia!

—¡Ya la tenemos! (exclamó Aurora mirando al través de las ramas de los árboles.) Marta baja. Viene á buscarme.

Luego miró al Diputado sin ceño, sin enojo, y arrancando de sus rizos la rosa que llevaba prendida en ellos, se la arrojó, diciéndole:

—Señor Diputado...., me llaman....: hasta luego.

Antes de llegar al pie de la cuesta que sube á la Ermita, encontró á Marta, y le dijo:

—¡Ya estás aquí....: eres mi sombra!

—Sí (replicó Marta); tu sombra, porque tienes los demonios dentro del cuerpo.

—Mejor,—le contestó.

—¡Mejor!..., y te has salido de la iglesia antes y con antes, y te has venido sola con ese enemigo de hombre, que me representa á Lucifer siempre que lo veo. Vas á meter el infierno en la casa. Si tu padre se entera, vamos á tener el día del juicio.

—Yo le quiero,—dijo Aurora.

—¡Que le quieres!... ¿Cómo puedes querer á un hombre que no conoces?

—Me gusta (replicó), y es lo mismo.

—No será lo mismo, porque, ya lo sabes, no te dejaré de la mano; siempre me tendrás encima.

—Bueno (contestó); pero hoy has llegado tarde.

—¡Tarde! (exclamó Marta, llevándose las manos á la cabeza.) ¡Qué has hecho!... ¡Infeliz! ¡Qué has hecho!

Aurora soltó una carcajada, y de un brinco acabó de subir la cuesta.

Á todo esto el Diputado no acertaba á salir de su aturdimiento. Tenía en sus manos la rosa que Aurora le había arrojado como se arroja un hueso á un perro, y la besaba furioso, jurándose á sí mismo todo lo que en semejantes casos se jura un hombre chasqueado.

La Eva de aquel paraíso le había puesto en los labios el fruto prohibido; pero más cruel que la madre primitiva del género humano, lo había apartado de su boca en el momento mismo en que iba á morderlo.

Sumergido en el abismo de su pensamiento, veía á Aurora mil veces más hermosa que nunca, por lo mismo que la contemplaba huyendo de sus brazos; y la idea del rapto, empleada como un recurso del momento, iba tomando en su imaginación las proporciones de un proyecto decisivo.

Tan absorto se hallaba, que no reparó en dos ojos fijos, atentos, que á muy corta distancia espiaban todos sus movimientos bajo la sombra de un árbol cercano.

De repente se encontró con aquella mirada fría, penetrante, que brillaba en la oscuridad con esa luz amarilla con que suelen brillar los ojos de los gatos. En el momento mismo se transformó su fisonomía, alzó los párpados como quien despierta de un sueño, é intentando sonreírse, dijo:

—¡Hola, señor síndico! ¿Qué tenemos de nuevo?

—De nuevo, nada (contestó el *Ermitaño*), porque las mujeres son la perdición de los hombres desde el principio del mundo.

En esto asomó el alcalde por lo alto de la cuesta, y el síndico lo vió, y dijo:

—El Ayuntamiento tiene ya gana de almorzar.... Por este sendero de la izquierda se llega más pronto á la Ermita; yo voy á dar la vuelta al valle, y subiré por el atajo.

Y diciendo y haciendo, se escurrió bajo la sombra de los árboles, perdiéndose en lo más espeso de los senderos.

El Diputado, pensativo, cabizbajo, llevando delante de los ojos la imagen de la hermosa Eva que había encendido su deseo, salió del valle como debió salir Adán del Paraíso.



### CAPÍTULO XIII.

#### PLAN DE CAMPAÑA.



QUEDABA por cumplir en el programa de las fiestas, acordado por el Ayuntamiento como homenaje rendido á la popularidad del Diputado, la gran cacería, destinada á ser memorable en los fastos venatorios de la villa de los Remedios.

Al interés natural de la fiesta se añadía la circunstancia de un ojeo que pusiera término á las fechorías del lobo que á la sazón ensangrentaba los rebaños que pacían en toda la comarca contigua á la sierra. La fiera tenía amedrentados á los perros, y penetraba de noche en los rediles, escogiendo á su gusto la presa más regalada. Demasiado astuto para caer en

: